

Marta comprueba con deleite que tenía varias llamadas perdidas del hombre con el que había hablado la noche anterior, y con el que, en un raptó de locura, había quedado a las doce de la mañana en el Retiro.

No tenía pensado llamarle, a ver si iba a pensar que estaba desesperada.

Bueno, estar lo estaba, pero no era cuestión de mostrar la flaqueza y menos frente al género opuesto, una especie de enemigo en una guerra psicológica sin piedad que se libraba diariamente en las calles.

Porque aún sin llevar burka, ella se comportaba como una mora con los hombres, rehuyéndolos como si fueran todos unos cerdos repugnantes.

Y realmente, la mayoría de los que se había encontrado en su camino, lo habían sido.

Los obreros, acostumbrados a ser menospreciados por cada chica guapa que pasaba a su lado, se ensañaban sin piedad con ese género de mujeres.

Cuando tenían quince las admiraban pues resultaban una preciosidad, pero como los años pasaban y ellas no dejaban de mostrarse desdeñosas, acababan odiándolas.

Ellas esperaban piropos, y lo que recibían eran injurias.

No lo comprendía, pero es que una, a menos que esté como un tren y tenga las carnes prietas, no tiene derecho a pavonearse por las calles de nuestro país.

En otras latitudes más civilizadas y menos integristas sí, pero no donde el franquismo cubrió a la mujer con un velo de infamia del que aún no ha logrado desprenderse.

Para eso los hombres son los pavos reales de nuestra especie.

Cada simple obrerucho, por sucio que estuviera, resultaba más narcista aún que ella.

Luego, los burgueses con los que se relacionaba, ya que tenían a unas cuantas a sus pies y podían elegir, no sólo iban detrás del dinero, sino que para ellos la sumisión representaba el valor supremo de una mujer.

La ropa, los cosméticos..., todo eso en lo que ella invertía montones de dinero, suponían atributos que no interesaban lo más mínimo a los hombres, sino a las mujeres a la hora de pugnar entre ellas.

Los universos femenino y masculino eran opuestos, uno simbólico y otro real.

En realidad no eran cerdos, sino gallitos, crueles, eso sí, todos ellos malcriados, como los moros, por mamás sin la menor autoestima.

Si al menos hubiera conseguido acceder al mismo estatus intelectual que su padre, ahora no se sentiría tan frustrada.

Pero es que además de no ser muy brillante, él mismo, a sus espaldas, en vez de apoyarla, le había puesto la zancadilla.

Todo esto la conducía no sólo a la depresión, sino a una especie de grave trastorno de personalidad, pues la sociedad no le permitía ser ella misma.

Cuando un hombre le interesaba, se veía obligada a interpretar en el teatro del sexo el rol de la mujer sumisa que no era en absoluto.

Pero ellos, que no eran tontos, y sobre todo tenían los pies más en la tierra que las mujeres, podían apreciarlo claramente, y ninguno, a excepción de Marcos, había caído en la trampa.

Él no era tan machista como otros pijos con los que había estado.

Cuando se conocieron, llevaba el pelo largo precisamente por eso, porque su único referente familiar había sido su madre.

Marcial también lo llevaba largo cuando casi veinte años atrás habían vivido un romance breve pero inolvidable.

Hubiera sido su pareja perfecta. Sin embargo, la muy tonta, en vez de un Marcial servicial, anhelaba todavía encontrar un buenorro del que poder presumir.

Por eso, imaginándoselo como un cachas más dominador aún que ella, comprueba satisfecha las numerosas llamadas perdidas.